



Capítulo 607: ¿Cuál será el cargo?

Toda la sala tembló.

El cuerpo carbonizado y sin cabeza de Dioniso todavía emitía vapores dorados cuando el sonido de las cadenas arrastradas resonó en Erebo. Era profundo, metálico y pesado —cada sonido metálico parecía provenir del corazón mismo del inframundo.

Virgilio giró lentamente la mirada.

Las sombras se separaron, el suelo se oscureció aún más y la temperatura bajó tan bruscamente que incluso las llamas negras que lo rodeaban parpadearon.

Y luego apareció.

De la oscuridad detrás del trono surgió una presencia —tan antigua, tan vasta, que por un instante, incluso las sombras mismas parecieron arrodillarse.

Un hombre alto, de pelo largo y plateado, que vestía una túnica negra adornada con cadenas de oro viejo. Sus ojos... dos abismos ardientes, brillando con un tono violeta pesado e inmutable.

El aura que emanaba de él no era simplemente poderosa.

Fue absoluto.

Muerte personificada—fría, inevitable, silenciosa.





Cuando dio su primer paso, el mármol del suelo se agrietó y todos los dioses presentes —incluido Hércules— se arrodillaron instintivamente.

No por miedo.

Pero fuera de jerarquía.

Fue la reacción natural en presencia de un soberano que gobernaba incluso por miedo.

Virgilio sintió que esa presencia lo envolvía. No lo quemó, no lo aplastó. Pero observó.

Medición.

Analizando.

"Así que este es el hombre que hizo temblar la sala de Erebus", resonó la voz, profunda y distante, reverberando en cada rincón como si se dijera en la mente de todos.

"Hm... un demonio... un toque de muerte y fuego impío."

Hércules bajó la cabeza.

—Señor Hades... —murmuró—, perdona lo que pasó. Perdió el control. Dioniso provocó—"





"Silencio." La palabra se pronunció con calma, pero la fuerza contenida en ella silenció incluso el aire.

Los ecos cesaron. Incluso el fuego parecía mostrar respeto. Hércules, a pesar de odiar al Olimpo, tenía un gran sentido de responsabilidad. Y la muerte de Dioniso fue tan... simple que por un breve momento volvió a ser el semidiós que era antes de completar sus labores.

Hades levantó la mirada hacia Virgilio y, por un instante, el tiempo pareció detenerse.

El dragón de sombra detrás del Rey Demonio retrocedió, gruñendo suavemente, instintivamente.

El dios de la muerte lo observó durante mucho tiempo y luego sonrió levemente.

—Interesante... —murmuró—. Hacía tiempo que no sentía algo así. Tu alma... es un campo de batalla, jovencito."

Virgilio se mantuvo firme, incluso con la presión espiritual aplastando cada célula de su cuerpo.

"Y tú debes ser Hades."

—Lo soy —respondió el dios sereno. "El guardián de lo que llamas el fin."

Hércules intentó intervenir, pero Hades levantó la mano— y el héroe fue silenciado, con la voz literalmente arrancada de su garganta.





«Vérgil Lucifer...» Hades pronunció el nombre como si lo saboreara.
"Destruiste a un dios en mi salón. Y, sin embargo... no siento ninguna ira."

Vergil levantó una ceja. "Así que eres más razonable que los demás."

Hades se rió suavemente. El sonido era frío y hermoso, como metal rompiéndose.

"¿Razonable? No. Sólo... curioso."

Dio un paso adelante. Con cada movimiento, las sombras en el suelo se desplazaban y las almas atrapadas en Erebo —invisibles, pero sentidas— susurraban al unísono, murmurando el nombre de Hades como un mantra eterno.

"Hablas de amor, de principios, de honor. Y aún así, matas sin dudar."

La voz de Hades sonaba casi como la de un juez, no acusando, simplemente afirmando.

"Eres... contradictorio."

Virgilio lo miró fijamente, inquebrantable.

"Soy lo suficientemente humano como para sentir ira y lo suficientemente demoníaco como para actuar cuando me provocan" Virgilio replicó y suspiró. -
¿No vas a castigarme? Luego baja esa aura. Estás haciendo que mi Ada se sienta asustada."





Mientras pronunciaba estas palabras, los ojos de color rojo intenso de Virgilio brillaban como rubíes, y su energía demoníaca aumentaba aún más cuando sentía a su amada temblar.

"Oh, perdóname", dijo Hades.

El aire ya estaba saturado—pesado de poder e intenciones veladas. La presencia de Hades, incluso contenida, hacía que todo el espacio pareciera más estrecho y oscuro. Virgilio permaneció inmóvil, su postura intacta, incluso con el peso de la autoridad divina acumulándose sobre sus hombros.

Pero entonces se rompió el silencio.

"¡Mató a un dios olímpico!" La voz aguda vino desde la izquierda, resonando entre los pilares. Hermes, el mensajero de los dioses, el más veloz e insolente entre ellos, apareció en un destello dorado, con una sonrisa burlona en sus labios. "¡Y dentro de Erebus, nada menos! Hades, querida mía, si no lo castigamos, ¿qué dirán los demás? ¿Que cualquier demonio puede entrar a nuestros pasillos y hacer lo que quiera?"



Hizo girar el caduceo entre sus dedos y el sonido de sus alas silbantes llenó el aire. "Propongo un castigo justo. Algo que sirva de ejemplo."

Virgilio ni siquiera se movió. Pero la mirada... la mirada fue suficiente para hacer que el suelo debajo de Hermes se agrietara en líneas negras, como si la tierra misma se negara a sostenerlo.

"Eres bienvenido a intentarlo, piojo olímpico", respondió Vergil con una voz tan fría como el hielo, y las llamas negras detrás de él respondieron al tono—elevándose en espirales que parecían manos que querían desgarrar el aire.



Hermes, sin embargo, sólo se rió brevemente. "Temperamento irascible. Entiendo por qué le gustas al mortal."

Antes de que pudiera completar la provocación, una ráfaga de viento lo levantó del suelo —un golpe invisible que lo arrojó contra una columna de obsidiana, rompiéndola como un cristal.

Shiva se había mudado.

El dios hindú mantenía sus tres ojos abiertos y la energía que emanaba de él era tranquila, pero absolutamente dominante.

—Basta, Hermes —dijo en tono neutral, pero cargado de autoridad. "Sabes que Dioniso provocó a este hombre. Y ya sabéis lo que pasa cuando alguien como él es provocado. Él es un rey, como algunos de nosotros aquí. Conoces muy bien el temperamento de un rey."



Susanoo apareció poco después, con una risa seca, con su espada envainada en la cintura. "Shiva tiene razón. Dioniso siempre ha sido un idiota borracho. Cosechó lo que sembró. Virgilio sólo hizo lo que muchos de nosotros ya queríamos hacer."

Las palabras provocaron murmullos entre los presentes. Algunos dioses intercambiaron miradas, inseguros. Hermes se secó la sangre del rabillo de la boca, riendo suavemente.

"¿Entonces eso es todo? ¿El consejo de deidades ahora defiende a los asesinos?"

"¿Asesino?" — La voz que resonaba ahora era diferente. Puro, cristalino y, sin embargo, cargado de cruel diversión.



Todas las miradas se dirigieron al segundo piso.

Apoyada contra la barandilla del balcón, con el codo apoyado en la barandilla, estaba una mujer de presencia inquietante. La sonrisa que curvaba sus labios era demasiado serena, el tipo de serenidad que sólo pueden mostrar aquellos que no temen a nada. Sus ojos cambiaron de color con la luz del pasillo —a veces dorada, a veces violeta, a veces carmesí— como si reflejaran todas las muertes que había presenciado.

Yama.

El juez de las almas.

Una de las entidades que Vergil realmente quería conocer, ya que Wukong quiere mucho para evitar lo que quiera hacer.



Inclinó la cabeza y observó la escena desde arriba.

"Siento que matar a un dios es una grave blasfemia", dijo con voz aterciopelada y firme. "Y, como tal, debería haber castigo. Estoy seguro de que hay reglas para esto, ¿verdad, Hades?"

La pregunta fue una provocación velada. Las palabras flotaban en el aire, frías e implacables.

Pero antes de que Hades pudiera responder, una suave risa rompió la atmósfera tensa.

"Estás equivocado, Yama."



La voz provenía de una figura sentada en uno de los tronos laterales —una mujer de aspecto etéreo con cabello negro vetado de azul y una mirada distante que parecía atravesar el tiempo. Levantó una copa de vino, haciendo girar el líquido escarlata antes de tomar un sorbo.

"El acto de un mortal de matar a un dios", continuó, "no tiene reglas de ningún tipo. Después de todo..."—sus ojos se volvieron lentamente hacia Virgilio—"...los mortales no pueden matar dioses."

Esa simple frase congeló el aire.

Todos recurrieron a Virgilio.

La mirada colectiva —de dioses, guerreros y entidades— cayó sobre él como espadas.

Hércules entrecerró los ojos. Shiva mantuvo una expresión neutral, pero uno de sus brazos se movió en un discreto gesto de observación. Incluso Hades parecía curioso.

Uno de los competidores, un hombre pequeño, de apariencia humilde pero con una energía de pura justicia irradiada por su cuerpo, dio un paso adelante.

"Entonces... ¿cómo?" preguntó con voz firme pero llena de incredulidad. "¿Cómo mataste a un dios, demonio?"

Virgilio desvió la mirada hacia el cuerpo carbonizado de Dioniso. Las llamas negras ya habían cesado, dejando sólo el humo dorado que se disolvía lentamente en el aire —como si el propio Erebus lo estuviera digiriendo.





"¿Cómo es eso lo que quieres saber?" preguntó con voz cargada de desdén.

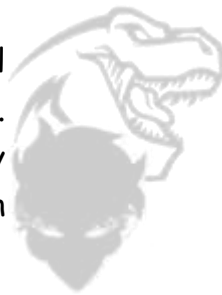
Dio un paso adelante y el sonido resonó por toda la sala.

"¿A quién le importa eso?"

Los murmullos cesaron instantáneamente.

Vergil continuó, con su tono frío y natural, como si explicara algo demasiado obvio para ser cuestionado:

"Es un dios, ¿verdad? Un inmortal." Incluyó ligeramente la cabeza, mirando el cuerpo en ruinas. -Entonces, ¿qué es lo que realmente importa? Él renacerá. Siempre renacen. Mientras haya un solo necio que levante una copa de vino y brinde por el nombre de Dioniso... volverá." Virgilio miró a su alrededor, con su mirada ardiente parpadeando entre los dioses y los guerreros.



"Desde esta perspectiva, aunque quieran castigarme, ¿cuál será la acusación? ¿Que maté algo inmortal? ¿Que herí a un dios que acosaba a mi esposa? Buena suerte, me encantaría saber cuál será la acusación."